



LA BODA DE LA ASISTENTA

FREIDA McFADDEN



Lectulandia

Un trepidante relato que completa la serie *best seller* «La Asistente». Para los lectores que se quedaron con ganas de saber más sobre la historia de Millie y Enzo, llega una emocionante sorpresa...

Hoy debería ser el día más feliz de mi vida.

Estoy prometida con el hombre de mis sueños y, en unas pocas horas, vamos a vernos delante de un juez que nos declarará marido y mujer hasta que la muerte nos separe. Pese a que el camino no ha sido fácil, este día es todo lo que siempre he anhelado.

Solo hay un problema.

Ahí fuera hay alguien que no quiere que viva lo suficiente para dar el «sí, quiero».

Y, si no tengo cuidado, podría salirse con la suya.

Nota del editor: La boda de la asistente es una historia corta que puede leerse entre la segunda parte (*El secreto de la asistente*) y la tercera (*La asistente te vigila*) o al acabar la serie.

Freida McFadden

La boda de la asistenta

La asistenta - 3.5

ePub r1.0

Titivillus 15-09-2025

Título original: *The Housemaid's Wedding*

Freida McFadden, 2024

Traducción: Jesús de la Torre Olid

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Nota de la autora

Escribí *La boda de la asistente* en forma de relato corto para llenar el largo espacio de tiempo entre el segundo libro de la serie de La Asistente (*El secreto de la asistente*) y el tercero (*La asistente te vigila*). Me preocupaba que los lectores pudieran sentirse engañados por no haber llegado a ver cómo Millie y Enzo se daban el «sí, quiero», así que ¡aquí está! Puede leerse entre el segundo y el tercer libro o después del tercero.

PRÓLOGO

Este hombre me va a matar.

Hay muerte en sus ojos. He visto suficiente a lo largo de mi vida como para reconocer el peligro que estoy corriendo. Este hombre no va a esperar ninguna explicación. Ni siquiera me va a conceder una décima de segundo para que recupere el aliento. Va a acabar conmigo.

No hay nadie más que nosotros en este espacio agobiante y claustrofóbico. Se ha asegurado de ello. Me ha estado acechando y ha esperado hasta el momento en que me he quedado a solas, y después ha cerrado la puerta con pestillo con los dos dentro. Y aquí nos encontramos ahora.

Puede hacerme lo que quiera. Nadie sabe que estoy aquí.

Me duele la nariz, posiblemente esté rota. Me sale sangre por las fosas nasales en cálidos regueros, goteándome sobre los labios. Tiene un sabor metálico. Darme un puñetazo en la nariz es una de las primeras cosas que me ha hecho, antes siquiera de saludar. Ha sido su modo de hacerme saber que va en serio.

—Te voy a romper cada hueso del cuerpo —me dice entre dientes.

Habla en serio. Dios santo, está claro que habla en serio.

Nunca pensé que mi día terminaría así. De haberlo sabido, si hubiese tenido idea de lo que este hombre me haría, esta mañana habría tomado decisiones muy diferentes. Creía que podría encargarme de esto, pero desde el principio me ha superado. No tenía ni idea.

Es culpa mía que yo esté aquí. He cometido un error terrible.

Y ahora es demasiado tarde.

MILLIE

Voy a cortarte el cuello, Millie Calloway.

Esas palabras no son la forma en la que te quieres despertar a primera hora de la mañana.

Pero aquí estoy, adormilada por el sueño profundo y agitado del que me ha sacado de pronto esta llamada de teléfono tan temprano. Tengo el móvil apretado en la oreja y me pregunto si esa dura amenaza susurrada que acabo de oír sigue formando parte de un sueño que estaba teniendo. Al fin y al cabo, ¿quién se despierta con alguien que te promete que te va a cortar el cuello?

Pues bueno, parece que yo.

—¿Perdón? —digo al teléfono con la voz aún áspera por el sueño.

Me giro en la cama para ponerme de lado mientras me froto los ojos para despertarme. Quizá lo haya oído mal. A lo mejor, en lugar de cortarme el cuello, el desconocido que está al otro lado de la línea lo que quiere en realidad es recortar el coste del seguro de mi coche.

—Ya me has oído —gruñe la voz de hombre con un tono grave y siniestro—. Has metido las narices donde no debías y ahora vas a pagar por ello. —Hay una breve pausa mientras yo asimilo esta nueva información, y después...—. Vas a tener una muerte lenta y dolorosa, Millie Calloway.

No, no es un sueño. No cabe ninguna duda de que es real y de que claramente va dirigido a mí, como prueba el uso repetido de mi nombre completo. No puedo fingir que se han equivocado de número o que es alguna especie de llamada de *telemarketing*. Pero no es la primera amenaza de muerte que he recibido. Ni será la última.

Aunque no me emociona recibirla el día de mi boda.

Dicen que si llueve el día de tu boda te dará suerte. ¿Y las amenazas de muerte en el día de tu boda? Probablemente no tanta. Aun así, sé exactamente cómo encargarme de este gilipollas.

—Vete al infierno —respondo con tono calmado y, después, clavo el pulgar en el botón rojo de la pantalla para poner fin a la llamada.

Vuelvo a lanzar el teléfono sobre la mesita, donde ha pasado la noche cargándose, al lado del protector bucal que se supone que evita que me rechinen los dientes por la noche, si me acordara alguna vez de ponérmelo antes de acostarme. Me niego a dejar que esta llamada me afecte. Tengo cierta tendencia a hacer cosas que cabrean a la gente y es de esperar que reciba alguna que otra amenaza de muerte, pero nunca han resultado ser más que palabras vacías. Es algo a lo que me he ido acostumbrando.

No pienso permitir que me estropee el día.

Giro la cabeza para mirar a mi prometido, que está revolviéndose a mi lado. Puede que Enzo se haya despertado con el timbre del teléfono, pero, gracias a Dios, no ha oído lo que ese cabrón me ha dicho. Si hubiese sospechado que alguien me estaba amenazando, se habría puesto furioso. Habría montado un escándalo —puede que incluso hubiese propuesto que fuéramos a la policía— y eso es lo último que deseo hacer hoy. Como ya he dicho, seguramente no eran más que palabras vacías.

Hoy no es un día para un gilipollas inseguro. Hoy es el día en que Enzo y yo nos vamos a convertir en marido y mujer.

—Millie —murmura con su voz de acento italiano espesa por el sueño—. ¿Quién llamaba al teléfono?

—Un teleoperador comercial —miento.

Hace una mueca porque odia las llamadas de los teleoperadores. Habría odiado aún más la verdadera llamada, pero nunca va a saberlo. Si vuelve a suceder, tendré que terminar contándoselo, pero hoy no.

Enzo se frota los ojos mientras trata de sentarse. Tiene su pelo negro de punta y una barba incipiente de un día en el mentón, pero a primera hora de la mañana mi prometido está en su punto álgido de sensualidad. Y eso es mucho decir, pues su nivel básico de sensualidad ya es bastante alto. Después, se caen las mantas y salen a la luz los músculos firmes de su pecho y me olvido por completo de esa estúpida llamada.

En apenas cuatro horas de nada, este hombre va a ser mi marido. Mi marido. Vamos a estar casados, con anillos y todo. A pesar de que

llevamos siendo pareja desde hace mucho tiempo y lo hemos pasado muy mal juntos, nunca he creído del todo que este día terminaría llegando.

Coloco una mano suavemente sobre mi abdomen hinchado. Por mucho que lo intente, no puedo olvidarme de que es *esta* la razón por la que nos casamos. Cuando me hizo la gran pregunta, Enzo pronunció todo un discurso asegurando que desde el primer momento en que me conoció supo que yo era su mujer y que quería pasar toda su vida dedicado a mí, pero me propuso matrimonio una semana después de decirle que estaba embarazada. La elección del momento no dejaba lugar a dudas.

—¿Cómo te encuentras? —Ha notado que estoy tocándome el vientre y su expresión es de preocupación—. ¿Sigues con náuseas?

Enzo se comportó como un campeón durante mi terrible episodio de náuseas del primer trimestre. Me compró tres tipos de jengibre, que por desgracia solo sirvieron para confirmar tres veces que odio el jengibre. Me compró un difusor porque había leído que la aromaterapia puede venir bien, pero no fue así. Incluso se leyó un libro sobre digitopuntura y me hizo una sesión personal que terminó con un resultado muy sexy que he de reconocer que me hizo olvidarme de las náuseas durante un rato. Pero nada funcionó. Hasta hace un mes, más o menos, estuve vomitando todos los días. A veces, varias veces al día. No fue divertido.

Pero es como suele decirse: lo que no te mata te hace más fuerte. Si puedo aguantar vomitar dos veces al día, puedo aguantar a cualquier gilipollas de mierda que me amenace por teléfono.

Además, sé quién es ese tipo. Vale, puede que no sepa cómo se llama, pero a lo largo de los últimos años he ayudado a unas cuantas mujeres a huir de sus maridos maltratadores. Durante ese tiempo, me he granjeado algunos enemigos en forma de maridos rabiosos. No sé cuál de esos maridos me estaba amenazando con rebanarme el cuello, pero casi seguro que era uno de ellos.

—Estoy bien. —Consigo esbozar una sonrisa que al principio parece forzada, pero, cuando veo la que asoma a sus labios, se convierte en auténtica—. Solo estoy nerviosa por lo de hoy.

—Yo también. —Extiende la mano hacia mí, me atrae a sus brazos desnudos y me aprieta contra él—. Estoy deseando casarme contigo.

Cuando pronuncia esas palabras me siento —¿me atrevo a decirlo?— afortunada. Nunca en mi vida me he sentido afortunada. No es una palabra

que habría usado jamás para describirme. Pero, en este momento, me siento la mujer más afortunada del mundo.

Vale, no hay nada en esta boda que sea convencional. No va a ser una gran ceremonia: vamos a casarnos en el ayuntamiento de Manhattan, en una capilla diminuta que, según he leído, es más bien sala de conferencias con unos cuantos adornos. Además, está todo ese asunto de que estoy embarazada. Pero ¿a quién le importa? Lo importante es que los dos vamos a pasar el resto de nuestra vida juntos y que no hay nadie más con quien yo preferiría compartir este viaje.

Y, además, hay otra cosa que va a hacer que este día sea especial.

—¿**M**illie? —Enzo pronuncia esa palabra con la boca pegada a mi pelo mientras se acurruca junto a mí en la cama—. ¿El sexo la mañana de la boda trae mala suerte?

Buena pregunta. Por mucho que yo quiera que la respuesta sea que no, estoy desesperada por que mi racha de buena suerte continúe.

—Probablemente —confieso.

Su rostro se pone serio.

—¿Estás segura?

—Ya sabes que se supone que ni siquiera deberíamos vernos hoy.

—¿De verdad? —Enzo mira alrededor de nuestra diminuta habitación, claramente perplejo. Vivimos en un pequeño apartamento de un dormitorio del Bronx, donde la sala de estar y la cocina se funden en un todo—. ¿Dónde se supone que debo ir para no verte?

—Es más una regla para gente rica que tiene amigos con habitaciones de invitados donde pueden pasar la noche.

—Odio a la gente rica. —Me besa en el cuello, lo que hace que sienta un hormigueo por todo el cuerpo—. Entonces, como ya hemos incumplido algunas normas, no es malo que rompamos más, ¿sí?

Mala suerte o no, cualquier otro día no habría podido resistirme. Pero hoy es el día de mi boda. Tengo que ducharme, asegurarme de que el vestido me queda bien, hacer que mi pelo tenga un aspecto respetable y ponerme más maquillaje que mi habitual toque de lápiz de labios del supermercado. Necesito todo mi autocontrol para apartarlo.

—Será mejor que no. Tengo que prepararme.

—¿Prepararte? —Parece confundido—. ¡Pero nuestra boda no es hasta dentro de cuatro horas!

—Exacto. Es SOLO dentro de cuatro horas.

Enzo frunce el ceño, pero me suelta a regañadientes para que yo pueda ir al baño a darme una ducha. Los hombres no lo entienden. He tenido que planchar la camisa blanca que va a llevar puesta hoy porque algo así ni siquiera se le habría ocurrido, a pesar de que estaba clara e inaceptablemente arrugada. Él se duchará en cinco minutos, se secará el pelo con una toalla, se pondrá el traje y habrá terminado todo en menos de diez minutos.

Pero yo tengo que estar perfecta hoy. Porque hay otra cosa que va a hacer que este día sea increíblemente especial.

Mis padres vienen a la boda.

Esto sí que es fuerte. Mis padres y yo no tenemos una relación cercana. De hecho, no los he visto desde hace más de una década. Me abandonaron en un momento difícil de mi adolescencia, cuando defendí a mi mejor amiga de que la atacaran y terminé en la cárcel por matar a ese cabrón. Me lanzaron a los lobos, no me dieron un centavo para mi defensa y jamás vinieron a verme cuando estuve encerrada. E, incluso después de todo aquello, estaba dispuesta a perdonarlos y olvidar —al fin y al cabo, son mis padres—, pero ellos no. «Eres una manzana podrida, Millie. No queremos que sigas envenenando nuestras vidas».

¿Sabéis lo que se siente cuando tus padres te llaman manzana podrida? No es nada agradable. Aun así, por mucho que me apartaran, seguí anhelando su apoyo. Los quería y, más que nada, deseaba que vieran que ya no era la chica de antes.

Me había preocupado no volver a verlos. Y me entristecía que, como toda la familia de Enzo o está muerta o está en Sicilia, no hubiera ningún familiar en nuestra boda. Le conté esto a Enzo una noche, no mucho después de que me pidiera en matrimonio. Fue él quien me convenció de que los llamara para decirles lo de la boda y el bebé.

Mi madre no pareció muy emocionada cuando vio que era yo la que llamaba. Al principio, pensé que iba a colgarme. Pero luego, cuando le conté que estaba tratando de sacarme la titulación en trabajo social, se relajó considerablemente. No le encantó enterarse de que me había quedado embarazada siendo soltera, pero se alegró al saber que pronto iba a casarme con el padre del bebé. Y, cuando le envié una invitación de la boda, me dijo que asistiría. Mis padres iban a ser nuestros únicos invitados en la boda, los únicos testigos de nuestro sagrado matrimonio.

Estoy muy nerviosa por volver a verlos después de todo este tiempo. Tengo miedo de decir algo malo y volver a fastidiarlo todo. Pero también estoy emocionada. Quiero a mis padres y siempre he esperado que me perdonaran por mis pecados del pasado, sobre todo porque, sinceramente, no creo que fueran tan graves.

Y no, no es así precisamente como soñaba que sería mi boda cuando era niña, pero quiero que sea lo más perfecta posible. Ya hemos empezado el día con una amenaza de muerte, así que tenemos mucho margen de mejora.

Me levanto de la cama, me pongo una camiseta enorme, que últimamente está claro que va pareciendo cada vez menos enorme. Antes de entrar en el baño, me acerco a la ventana y veo que han empezado a caer copos de nieve del cielo. Todavía estamos a principios de diciembre y la previsión del tiempo no decía nada de nieve, pero cae con la suficiente rapidez como para cuajar.

¿La nieve en el día de tu boda trae buena suerte? ¿O eso es solo con la lluvia? ¿O lo de la lluvia no es más que sarcasmo?

Enzo bosteza, todavía en la cama.

—Eh —dice—, ¿y Felicity?

—¿Felicity? —repito.

—¿Qué tiene de malo Felicity?

Me encojo de hombros.

—No sé. Solo que no es mi nombre favorito en el mundo.

—Vale, pues dime, ¿cuál es tu nombre favorito en el mundo?

Desde que supimos en nuestra última visita al ginecólogo que íbamos a tener una niña, mantenemos al menos tres conversaciones al día sobre nombres de bebés. O, para ser más precisos, mantenemos al menos tres conversaciones al día en las que uno de los dos propone un nombre y el otro explica por qué le espanta. Supuestamente, conseguiremos llegar a un acuerdo durante los próximos cuatro meses. Si no, nuestra bebé va a pasarse toda la vida sin nombre.

—Vamos a dejar la conversación sobre el nombre de la niña por ahora —le digo—. Tengo que darme una ducha.

—Pero a mí me gusta Felicity.

—Sí, bueno, y a mí me gustaba Nadine.

Enzo hace una mueca.

—Vale. Lo dejamos por ahora.

Estoy a punto de entrar en el baño a ducharme cuando mi teléfono empieza a sonar otra vez. Enzo lo mira y se dispone a responder por mí, pero atravieso la habitación a toda velocidad para cogerlo antes que él.

Cuando miro la pantalla me alegra no haber dejado que respondiera Enzo a la llamada. No conozco el número con el prefijo 718 que aparece y estoy casi segura de que es el mismo que me ha despertado esta mañana. Dejo que salte el buzón de voz. No estoy de humor para otra amenaza de muerte.

—Los del *telemarketing* otra vez —digo.

Él asiente comprensivo, pero no hace ninguna pregunta. Y tiene derecho a hacerlas, sobre todo cuando me llevo el teléfono al baño para darme la ducha, pero mantiene la boca cerrada. Resulta raro, pero no puedo arriesgarme a que él lo coja y oiga esa voz que me dice que me va a cortar el cuello. Enzo se volverá loco si lo oye. No va a limitarse a encogerse de hombros y seguir como si nada.

Se lo contaré todo... mañana.

Me ducho rápidamente y me doy cuenta de que el vientre se me ha abultado mucho más durante la última semana. Hace un mes no se notaba nada que estaba embarazada, ni siquiera sin ropa. Como mucho, parecía que era una barriga de comer demasiado. Pero cada vez es más evidente que algo está creciendo dentro de mí.

Mi bebé.

La pequeña Nadine.

O no. Pero, desde luego, Felicity tampoco.

Tras terminar de ducharme, salgo del baño envuelta en una toalla muy pequeña. Enzo sigue en la cama mirando su teléfono mientras yo voy al armario, en cuyo interior está colgado mi vestido de novia.

Como no vamos a tener una boda tradicional, no tengo un vestido de novia tradicional. Para empezar, no es blanco. Odio ese color, y no solo eso: me parece poco adecuado dado mi... estado. Así que hace unas semanas fui a Macy's y compré un vestido azul empolvado acampanado con mangas de encaje. Estaba rebajado de casi trescientos dólares a poco más de cien, que se salía un poco de nuestro presupuesto, pero lo compré de todos modos porque, por el amor de Dios, es nuestra boda. Además, el vestido puede valer como mi «algo nuevo» y mi «algo azul».

También tiene cuello de escote redondo, perfecto para enseñar mi «algo viejo», que va a ser un colgante con un guardapelo de oro que mi

madre me va a traer. El collar es un recuerdo de familia que heredó de su madre y esta de la suya. Sinceramente, jamás pensé que yo recibiría ese collar. Y tiene un significado aún mayor que vaya a dármelo el día de mi boda.

—Se supone que no debes verme con este vestido. —Miro con preocupación a Enzo—. Da mala suerte.

—Se supone que no debo verte y punto —me recuerda—. De todos modos, ya lo he visto. ¿Te acuerdas? Me hiciste un pase de modelos cuando viniste a casa.

—Ah, es verdad. —Eso hace que me sienta un poco mejor—. Supongo que debería dejar de ser tan supersticiosa.

Me sonrío.

—Es bonito. En fin, es el día de tu boda. Se te permite ser *pazza*.

Ha utilizado esa palabra en montones de ocasiones para referirse a mí. No he buscado lo que significa porque no estoy segura de querer saberlo. No creo que sea un cumplido, pero lo dejo pasar.

Se me cae la toalla y Enzo suelta un silbido de apreciación. Cojo el vestido azul de la percha y deslizo las piernas por la tela sedosa. Compré un par de medias nuevas especialmente para hoy y, luego, un par más por si se me rasgaban. He pensado en todo. Estoy preparada para cualquier emergencia. Hoy va a ser un día perfecto.

Solo que...

Ay, no. ¡A este estúpido vestido no le sube ya la cremallera!

—¿Qué pasa?

Enzo me mira preocupado mientras me peleo con la cremallera de la espalda del vestido azul. Me probé el vestido hace solo una semana y me quedaba bien. Se ajustaba a la perfección. ¿Por qué ahora me cuesta ponérmelo?

—¿Puedes subirme tú la cremallera? —le pido.

Se levanta de la cama de un salto dispuesto a ayudar. Solo lleva puestos unos calzoncillos y, por un momento, me distrae de la angustia por la cremallera, pero luego se coloca detrás de mí y la distracción desaparece. Sus dedos remolonean en la parte inferior de mi espalda.

—Última oportunidad para un rato sexy —me susurra al oído.

Me siento un poco tentada, pero niego con la cabeza.

—Tú ciérrame el vestido.

Es entonces cuando la realidad se impone. Enzo hace lo que puede, el pobre. Intenta subir la cremallera sin romper la tela, pero no lo consigue. No se mueve. Durante la última semana mi vientre ha crecido tanto que este vestido ya no me cabe.

—Lo siento. —Baja las manos con gesto de rendición—. No va.

Me tapo la cara con las manos y me dejo caer en la cama.

—Dios mío, ¿qué voy a hacer?

Frunce el ceño.

—¿Otro vestido?

Niego con la cabeza.

—No tengo otra cosa que me quede bien.

—Tú estás guapa con todo.

Su tono es tan sincero que me dan ganas de llorar. Está haciendo lo que puede por quitarle hierro a una mala situación, pero no lo está

consiguiendo. No hay nada más en mi armario que sea adecuado para una boda. Tenía un solo vestido decente para ponerme hoy y ya no me entra. No puedo permitirme otro. Ni siquiera podía permitirme el primero.

Supongo que podría volver a Macy's para tratar de cambiarlo. Pero compré el vestido hace varias semanas y parecía que tenía suficiente espacio para cuando aumentara el vientre, así que tiré el recibo. No tenía ni idea de que, de repente, iba a «explotar» durante la última semana. En fin, ya no puedo intentar devolverlo. Lo último que quiero es entrar en una tienda y que me acusen de robar el vestido. ¿Y si llaman a la policía? ¿Y si voy a la cárcel el día de mi boda? Es peor aún que una amenaza de muerte. O, al menos, igual de malo.

—Estaba deseando llevar este vestido. —Es lo único que digo.

—Muy bien. —Enzo se sienta a mi lado en la cama y me coge la mano —. Dame el vestido y lo arreglo.

—Ah, no sabía que eras modisto.

Sus labios se curvan.

—Conozco a un tipo que es sastre. Me debe un favor.

Soy muy escéptica, pero ¿qué puedo hacer? O el amigo de Enzo lo consigue, o me casaré con vaqueros y camiseta. Vale, tengo una falda bonita y una blusa que podría ponerme. Pero no son mi precioso vestido azul.

Enzo llama enseguida a su amigo, que, sorprendentemente, cree que podrá tenerlo terminado a tiempo para la ceremonia, para la que ahora quedan apenas tres horas. Pregunta unas cuantas medidas que Enzo va tomando con la cinta métrica de su caja de herramientas. Después, se va con los números escritos en un trozo de papel, mi vestido en una bolsa de plástico y las llaves de su coche, con la promesa de estar de vuelta en media hora.

Sinceramente, no entiendo por qué no puedo ir con él para que me tome las medidas un profesional, pero Enzo tiene algún motivo enrevesado por el que no debo ir a ver a su amigo. Cuando intenta explicármelo en italiano, me rindo. Me parece imposible que ese vestido esté listo a tiempo, pero tengo que admitir que Enzo pocas veces me ha fallado.

Mientras no está, vuelvo al baño para peinarme. ¿Sabéis que algunas mujeres contratan a peluqueros profesionales para que las peinen antes de su boda? Pues eso no va a pasar en Casa Calloway. Estamos solos mi rizador barato y yo, haciendo lo que podemos.

Enzo prefiere que lleve el pelo suelto, pero un recogido es más apropiado para una boda. No es que vaya a haber montones de fotos para publicarlas por todas las redes sociales, pero ¿y si mis padres quieren hacer fotos? ¿O que me haga fotos con ellos?

A lo mejor nos hacemos un retrato de toda la familia junta. Una foto familiar. Jamás pensé que sería posible.

Al final, opto por dejarme el pelo suelto tras decidir que la cara de satisfacción de Enzo merecerá la pena. Cuido de no quemarme con el rizador, lo cual suele ser un poco complicado, y después de una media hora tengo unas ondas bastante decentes en mi habitual pelo rubio y lacio. Volverá a estar liso por la noche, pero solo necesito que dure durante las próximas tres horas.

Cuando salgo del baño, mi teléfono está sonando donde lo había dejado, en la mesita de la sala de estar. Al igual que el resto de los muebles del apartamento, encontramos nuestra mesita de centro en la acera de nuestro edificio, y tiene un libro debajo de la pata izquierda para que no se tambalee. Cojo el teléfono de la mesa justo antes de que quien está llamando cuelgue y se me encoge el corazón.

Es ese mismo número con prefijo 718.

Pero lo bueno es que Enzo no está aquí para oír la conversación. Así que tengo libertad para cantarle las cuarenta a ese tipo sin que nadie más se entere de que me está amenazando. Puedo contraatacar a la vez que me amenaza.

Respiro hondo mientras pulso el botón verde para aceptar la llamada.

—¿Sí?

—Hola, Millie. —Es ese mismo susurro áspero, como si estuviese disimulando su voz—. ¿O debería decir adiós?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y por qué vas a decir adiós?

—Porque hoy va a ser el último día de tu vida.

—Ah, ¿sí? —replico siguiéndole la corriente por ahora.

—Es lo que te mereces —me dice entre dientes—. Después de las mentiras que le has contado a mi mujer. Has destrozado mi matrimonio, zorra.

Tenía razón, es un marido contrariado. No me sorprende lo más mínimo. He ayudado a muchas mujeres a escapar de matrimonios terribles

y, por el camino, me he ganado algunos enemigos. Son gajes del oficio. Me pregunto quién será este.

—¿Y quién es tu mujer? —le provoco. Me sentiré mejor si sé quién es este tipo.

—Mi mujer era una puta —me suelta—. Era afortunada de tenerme, pero tú la convenciste de lo contrario.

Dios, este hombre es una joya.

—Seguro que está mucho mejor sin ti —le digo con calma—. Y te aconsejo que lo asumas y trates de aprender la lección —añado—. Y déjame en paz de una vez.

—¡Que aprenda la lección! —estalla—. ¡Eres muy osada, Millie Calloway! Las mujeres como tú sois las peores. Y te prometo que vas a pagar por lo que has hecho.

Apostaría todos mis ahorros a que este tipo es pura palabrería. Por supuesto, no sería mucho arriesgar porque mi cuenta corriente está casi vacía, sobre todo después de haber comprado ese vestido azul que ya no me entra.

—No lo creo.

—Piensa lo que quieras —dice—. Pero tengo una pregunta para ti, Millie.

—Muy bien. —Aprieto los dientes siguiéndole la corriente un segundo más antes de colgarle y bloquear el número—. ¿Cuál es tu pregunta?

Su voz adquiere un tono de diversión.

—¿Has mirado en tu armario de los abrigos después de que tu novio se fuera esta mañana?

—«¿**H**as mirado en tu armario de los abrigos después de que tu novio se fuera esta mañana?».

Siento un nudo en el estómago mientras levanto los ojos hacia el pequeño armario que hay al otro lado de la habitación y que contiene nuestros abrigos y botas. La puerta del armario está cerrada.

—¿Qué has dicho?

—Tu armario de los abrigos —repite—. Tengo una vista estupenda de ti.

—Estás mintiendo —balbuceo.

—No, Millie. —Su voz es casi cantarina. Se está burlando de mí—. Pero si tan segura estás, ¿por qué no vas a mirar?

Cuelgo el teléfono y lo aparto del oído con mano temblorosa, deseando haber puesto fin a la llamada un minuto antes. Estaba muy segura de que ese hombre era inofensivo y solo estaba tratando de asustarme. Pura palabrería.

Pero ¿cómo sabía que Enzo ha salido del apartamento?

Tengo los ojos clavados en el armario de los abrigos enfrente de mí. La puerta está cerrada y no hay rastro de luz ni movimiento por debajo. ¿Es posible que haya alguien escondido ahí dentro?

No, no puede ser. Por la noche cerramos la puerta con llave y con pestillo porque no vivimos en un barrio estupendo. En realidad, eso es quedarse corto. Como nuestra situación económica es bastante endeble ahora mismo y estamos ahorrando cada centavo para cuando llegue la bebé, la característica prioritaria que buscábamos en un apartamento era «baratísimo». El Bronx tiene algunos barrios periféricos absolutamente preciosos, pero nosotros vivimos en la que posiblemente sea la manzana más peligrosa de todo el distrito. Es el tipo de barrio donde no te atreves a

salir de noche. Y es el tipo de barrio donde necesitas una cerradura buena de verdad.

La nuestra es una cerradura buena de verdad. Es una cerradura de grado uno, lo que quiere decir que ha superado pruebas en las que se han utilizado martillazos, palancas, sierras, picos e incluso golpes a patadas. Supongo que es posible que alguien consiga atravesar nuestra supercerradura, pero para eso haría falta, como poco, una pequeña explosión. Sin duda, lo habríamos oído. Además, Enzo ha cogido su abrigo del armario antes de irse y, si hay alguien escondido en ese espacio diminuto, lo habría visto.

Aunque...

No he echado la llave por dentro después de que Enzo se fuera porque estaba en el dormitorio cuando se ha marchado. No me parecía necesario porque es pleno día y ha dicho que volvería enseguida. Sí que tenemos la mejor cerradura del mercado, pero cuenta con un fallo terrible: no funciona si no usas la llave.

Aun así, nadie ha podido entrar. No ha habido tiempo suficiente y, casi con toda seguridad, yo habría oído...

«Si tan segura estás, ¿por qué no vas a mirar?».

No es posible. Le habría oído entrar. Estaba en el baño, rizándome el pelo. Durante un rato he usado ese secador tan ruidoso, pero estoy segura de que aun así habría oído si alguien entraba. Estoy cien por cien segura.

Vale, un noventa y nueve por ciento segura.

Mi primer pensamiento es que debería salir de aquí. Si existe alguna posibilidad de que haya un hombre en el armario que quiere rebanarme el cuello, tengo que salir pitando lo antes posible.

Pero ¿y si es una trampa? Estoy a salvo tras la cerradura de la entrada, pero, si salgo, seré una presa fácil. ¿Y si quienquiera que me esté llamando se encuentra al otro lado de la puerta y está tratando de asustarme para que abandone la seguridad de mi apartamento?

Por supuesto, puedo llamar a emergencias. Esa es siempre una opción. Pero ahora quedan menos de tres horas para mi boda. Si viene la policía, más vale que vaya tachando «casarme» de mi agenda del día. Desde luego, una boda cancelada no va a servir de mucho para mejorar la imagen que mis padres tienen de mí.

Tengo que hablar con mi prometido. Ya.

Las manos me siguen temblando cuando cojo el móvil y selecciono el nombre de Enzo en mi lista de contactos. El teléfono da un par de tonos antes de oír su voz al otro lado. El simple sonido de su acento italiano es suficiente para tranquilizarme.

—¡Millie! —Su alegría es un verdadero contraste con la tensión que yo siento—. ¡Estamos de suerte! Mi amigo va a tener el vestido listo en dos horas. Nos dará tiempo de recogerlo antes de ir al ayuntamiento.

—Estupendo. —Cualquier preocupación que tuviera respecto al vestido ha quedado completamente eclipsada por mi temor paralizante a lo que pueda haber en el armario de los abrigos—. ¿Estás..., estás llegando a casa?

—Pronto. Cinco minutos. Quizá diez.

Diez minutos. Muchísimas cosas pueden suceder en diez minutos.

—¿Va todo bien, Millie? —me pregunta.

Debería contarle lo que está ocurriendo. Es absurdo no hacerlo. Pero mi instinto me sigue diciendo que ese hombre se está burlando de mí. Y, si ese es el caso, el único modo de que gane es si permito que eche a perder el día más importante de mi vida. No quiero que el día de mi boda gire alrededor de ese gilipollas. Ya es bastante malo que me haya alterado, pero, si Enzo se entera, no va a dejarlo pasar.

—Todo va bien —consigo decir—. Por favor..., por favor, vuelve pronto a casa.

—Eso haré —me promete, aunque puedo notar en su voz que no se cree completamente que todo vaya bien. Pero, como está ocupado conduciendo, no me insiste.

Acabo la llamada con mi futuro marido y mi mirada se vuelve a dirigir al armario de los abrigos. No hay nadie ahí dentro. No es posible. Si hubiera alguien, le habría oído hablar conmigo, ¿no? El armario está vacío. Estoy segura.

«Si tan segura estás, ¿por qué no vas a mirar?».

Podría esperar a que Enzo llegue a casa, pero no quiero. Quiero acabar con su juego yo sola. Nadie puede intimidar a Millie Calloway. No hay nadie en ese puñetero armario. Está tratando de asustarme y voy a demostrarle que no lo consigue.

Despacio, sin apartar los ojos del armario, entro de espaldas a la parte de nuestra sala de estar en la que está la cocina. Por una vez, doy las gracias por lo diminuto que es este apartamento. Si hay alguna posibilidad

de que vaya a mirar en el armario, necesitaré un arma. Tengo que estar preparada para lo que sea que haya ahí dentro.

El taco de los cuchillos está en la cocina. Cojo el cuchillo de carnicero más grande que tenemos y que sin duda no va a fallar aunque me ponga a dar cuchilladas a lo loco. Y, después, atravieso lentamente la sala de estar con el cuchillo en la mano mientras me acerco al armario de los abrigos.

Cruzo la habitación con solo cinco pasos. Sigo agarrando el cuchillo de carnicero con la mano derecha, con tanta fuerza que los dedos se me ponen blancos. Si hay alguien en mi armario y lo mato será en defensa propia. Si se trata de él o yo, me aseguraré de no ser yo la que acabe tirada en el suelo en medio de un charco de sangre.

Pero no va a suceder porque no hay nadie en ese estúpido armario. Y voy a demostrarlo ahora mismo.

Extiendo la mano y cierro los dedos alrededor del pomo.

Antes de que pueda girar el pomo del armario de los abrigos, unas llaves suenan en la cerradura de la puerta del apartamento.

Dios mío, es Enzo. Ha vuelto.

Suelto el pomo y dejo caer los hombros. Quería ser valiente, pero me siento muy aliviada de no tener que hacer esto yo sola. Será mucho mejor ahora que él está aquí. Dos contra uno siempre es preferible.

La puerta se abre y mi prometido aparece en la puerta, sin un vestido de boda azul claro. Lleva un abrigo sobre los vaqueros y la camiseta y tiene nieve espolvoreada sobre los hombros. Hay en su rostro una sonrisa, pero se desvanece y sus ojos negros se abren de par en par en cuanto me ve.

—Millie —dice conteniendo el aliento—, ¿qué haces con ese cuchillo?

Los dedos de mi mano derecha siguen cerrados sobre el mango del cuchillo de carnicero. No estoy muy segura de cómo explicar esto sin contárselo todo.

—Es que... he visto un ratón.

Inclina la cabeza a un lado.

—Creía que para eso usábamos trampas.

Intento sonreír, pero solo se levanta uno de los lados de mis labios.

—Estaba improvisando.

—Entiendo... —Cierra y echa la llave a la cerradura. El cerrojo está ahora echado, lo cual es genial, salvo si el intruso se encuentra ya dentro—. ¿Adónde ha ido el ratón?

—Eh... —Miro hacia el armario junto a mí. No se oye ningún ruido del interior ni hay ninguna señal de que contenga nada que no sean abrigos—. El armario. ¿Tú..., eh..., quieres mirar?

Enzo sigue con la mirada clavada en el cuchillo de mi mano.

—Creo que una escoba será mejor, ¿sí?

Solo que yo no voy a soltar el cuchillo. No hasta estar completamente segura de que no hay nadie dentro de nuestro armario.

«Cariño, he estado recibiendo amenazas por teléfono toda la mañana. No creo que haya nadie escondido en nuestro armario, pero igual sí. Me estoy preocupando un poquito, pero no quiero que esto estropee el día más feliz de nuestra vida. Así que... ¿puedes echar un vistazo rápido en el armario por mí?».

Tengo las palabras en la punta de la lengua, pero no consigo pronunciarlas. Se lo contaré todo... mañana. En cualquier caso, pronto saldremos para el ayuntamiento. No voy a estar sola en ningún momento. No va a pasar nada.

Nadie va a rebanarme el cuello en un futuro inmediato.

Enzo se acerca al armario antes de que pueda impedírselo. Mis dedos se tensan alrededor del cuchillo mientras los de él rodean el pomo. Cuando abre la puerta, ahoga un grito. Levanto la hoja del cuchillo, dispuesta a atacar.

—Millie —dice—, ¿por qué tienes tantas botas?

«¿Qué?».

Se agacha y saca un par de botas altas de piel. Las sostiene en el aire con gesto acusador.

—¿No tienes vestidos pero sí cinco tipos de botas? ¿Por qué?

—Me gustan las botas —confieso con tono poco convincente—. Y esas estaban rebajadas.

Niega con la cabeza.

—En fin, no veo ningún ratón. Así que puedes bajar el arma.

Bajo el cuchillo, pero no estoy todavía preparada para soltarlo aunque sí siento que he vencido. Sabía que ese gilipollas del teléfono no estaba dentro de mi armario. Bueno, estaba casi segura.

—Por cierto —dice mientras lanza de nuevo mis botas al interior del armario—. Se me ha ocurrido otro nombre cuando le estaba dando tu vestido a mi amigo.

—Ah, ¿sí?

—Violeta.

Levanto las cejas.

—Mi vestido es azul, ¿lo sabes?

—Sí, pero Azul no es un buen nombre para una niña.

—No sé. No termina de gustarme Violeta. ¿Y Cian?

Frunce el ceño como siempre que alguien pronuncia una palabra que él no entiende.

—¿Qué es Cian?

—Es un color. Como una mezcla entre verde y azul.

—Creía que era un veneno que se usaba para matar a gente.

—Eso es cianuro.

—Es lo mismo. —Baja la mirada al cuchillo que sigo aferrando en mi mano derecha—. ¿Quieres dejar ya el cuchillo, Millie? Creo que estamos a salvo del ratón.

La verdad es que me gustaría seguir sujetando el cuchillo, pero no puedo pasar el día de mi boda por ahí con un cuchillo en la mano. Así que, con mucha reticencia, vuelvo a la cocina y lo coloco de nuevo en el taco.

Al fin y al cabo, llevo gas pimienta en el bolso.

Enzo conduce el coche en dirección a Manhattan para que yo no tenga que andar con mis zapatos de tacón entre la nieve que se está acumulando («¿No es para esto para lo que se usan las botas, Millie?») y consigue encontrar un aparcamiento sin parquímetro. Puedo imaginarme a Enzo teniendo que salir durante la ceremonia para meter monedas cada quince minutos, así que estoy muy agradecida por haber encontrado un sitio tan bueno. Mi suerte sigue en racha.

El amigo sastre de Enzo ha quedado con nosotros en Manhattan, que es donde tiene el taller. Yo llevo una bonita falda y una blusa, por si los arreglos no sirven, lo que considero una clara posibilidad. Por desgracia, mi atuendo no se parece al que se pondría una persona para casarse y, además, no tiene nada de azul. Durante el trayecto hasta Manhattan, he buscado en Google: «¿En los bazares se venden vestidos?». (Al parecer, sí que venden «vestidos y todo tipo de indumentaria»).

Encontramos una cafetería al lado de donde hemos aparcado. Conseguimos una mesa dentro, junto a la ventana, para así poder ver los copos de nieve que siguen cayendo, pero estoy demasiado nerviosa para comer, así que lo único que pido es una taza de café. ¿Cómo se supone que voy a comerme un *muffin* cuando me voy a casar dentro de una hora? Sobre todo, no entiendo cómo Enzo puede comerse un desayuno completo, con tortilla y croquetas de patata.

—Como te manches esa camisa con la comida, te voy a matar —le informo.

Enzo levanta los ojos hacia mí y sonrío. Está terriblemente guapo con esa camisa blanca impecable (gracias a mí) que lleva puesta y con su chaqueta y sus pantalones negros. Está tan guapo que nuestra camarera no ha dejado de flirtear con él descaradamente, a pesar de que su futura

esposa se encuentra literalmente sentada delante de él, golpeteando la mesa con los dedos.

—Jamás me atrevería —contesta—. Soy cuidadoso.

Miro el reloj sin parar y, después, vuelvo a mirar por la ventana.

—¿No se supone que tu amigo debería estar ya aquí? No vamos a llegar a tiempo.

—Tranquila. Tenemos toda una hora.

—Si no llevo el vestido, no tendré algo azul ni algo nuevo.

—Tus pendientes son nuevos —señala.

Me sorprende que se haya fijado en que nunca me los he puesto, pero los relucientes pendientes de diamantes que cuelgan de mis lóbulos no son azules ni nuevos.

—Son prestados —le explico con paciencia. Una antigua clienta mía, a la que ayudé a escapar de un matrimonio terrible, me los ha prestado para la ocasión. Intentó regalármelos, pero le dije que tenían que ser prestados.

Enzo asiente como si lo entendiera, aunque estoy bastante segura de que me sigue la corriente.

—Hay una tienda de regalos al lado. Podemos comprarte un llavero azul con tu nombre.

—No hay llaveros de Millie. Créeme. Lo he comprobado. No tengo un nombre típico para llaveros.

—Yo tampoco —contesta—. A lo mejor tu madre te regala algo azul.

—Mi madre ya me va a regalar algo viejo —le digo—. Un collar. Además, ya va a haber bastante tensión cuando aparezcan mis padres sin necesidad de que yo les pida cosas azules.

Enzo da un bocado a su tortilla.

—No te preocupes. Eres su hija. Te quieren.

—Ajá. —Doy un sorbo a mi café, aunque es posible que la cafeína me ponga más nerviosa. En realidad, necesito un chupito de whisky, pero no creo que sirvan alcohol en esta cafetería—. Me quieren tanto que no los he visto desde hace quince años.

—Claro que te quieren —repito con más firmeza. El lado derecho de sus labios se eleva—. Y, por supuesto, sabes que me van a querer a mí.

A pesar de todo, tengo que reírme. Mi madre, al menos, se va a enamorar de Enzo. Estoy deseando que lo conozca.

—Más vale que los dejes cautivados.

—Como siempre.

Doy otro sorbo al café. He necesitado todo el trayecto desde el Bronx hasta Manhattan para dejar de temblar tras el desastre del armario de los abrigos. Durante el camino, he recibido otra llamada de ese número que empieza por 718, pero esta vez he tenido la sensatez de rechazarla. Más tarde le contaré a Enzo todos los detalles, pero hoy no. Este día es ya bastante estresante sin verme obligada a enfrentarme a una amenaza de muerte, la cual sigo sin tomarme en serio. Sé cuándo un hombre está intentando asustarme.

He pensado en bloquear el número, pero después he decidido que a lo mejor ese hombre sería lo suficientemente tonto como para dejar un mensaje, y sería algo que podría enseñarle a Enzo después. O que podría ser útil para enseñárselo a la policía llegado el caso, pero dudo que eso ocurra.

Aunque debo confesar que estoy un poco inquieta por el hecho de que ese hombre supiera que Enzo había salido del apartamento. Es lo único que hace que me preocupe de que no se trate de simples amenazas vacías.

Enzo se mete unos cuantos trozos de patata frita en la boca.

—¿Estás segura de que no quieres?

—Segurísima.

—Tienes que comer. Estás fabricando a otra persona.

Niego con la cabeza.

—Estoy demasiado nerviosa para comer.

—¿Por qué estás nerviosa? ¿No estarás... creyéndotelo mejor?

Me quedo un momento mirándolo confundida antes de entender qué es lo que intenta decir.

—¿Pensándomelo mejor?

—Sí —contesta asintiendo con fuerza—. No estarás pensándotelo mejor, ¿verdad?

Lo dice con tono de burla, pero hay un trasfondo de preocupación en su voz. Y no entiendo por qué. ¿Cómo es posible que crea que no quiero casarme con él? Aunque no estuviese embarazada de su hija, querría hacerlo.

—Nada de pensármelo mejor —le tranquilizo—. Es solo que... resulta abrumador. Da miedo casarse, ¿no?

—¿Miedo por qué? Esto no da miedo. —Deja el cuchillo y me mira a los ojos, algo que todavía hace que sienta un hormigueo por todo el cuerpo—. Lo único que quiero es pasar el resto de mi vida contigo. Solo que

ahora vamos a ponerlo por escrito. —Extiende las manos hacia las mías y, cuando se las doy, entrelaza sus dedos con los míos—. Estoy deseando que seas mi mujer.

Es lo primero que ha dicho que me ha tranquilizado del todo. Le aprieto también las manos y, de nuevo, pienso: «Me siento afortunada». Y hoy vamos a pasar un día estupendo. El mejor de nuestra vida.

Y es entonces cuando, a través de los copos de nieve que siguen cayendo al otro lado de la ventana de la cafetería, veo al hombre demacrado que nos mira fijamente con un destello asesino en sus ojos.

Es él.

El hombre que nos mira fijamente al otro lado de la ventana de la cafetería lleva una gabardina mojada por la nieve, con las manos bien metidas en los bolsillos. Es mayor de lo que me esperaba —de sesenta y tantos años, posiblemente—, con unos ojos hundidos que tiene fijos en mí. Retuerce los labios con una mueca que me hiela la sangre.

Esperaba poder ocultarle a Enzo esas llamadas de las amenazas, pero, ahora que el hombre ha aparecido en persona con una expresión intimidatoria en la cara, tengo que decir algo. No me queda alternativa. Al menos, si no quiero que me asesinen el día de mi boda.

Y ahora ese hombre ha entrado en la cafetería. Está a menos de tres metros de nosotros. Lleva una bolsa de papel en la mano derecha y la agarra con tanta fuerza que se le notan los tendones. Observo horrorizada que hurga en la bolsa.

Ay, Dios.

—Enzo —le susurro con tono de urgencia—, ¿ves a ese hombre de ahí?

Enzo gira la cabeza para mirar hacia la entrada de la cafetería. Espero a que la mirada se le oscurezca como siempre le pasa cuando percibe una amenaza. Así que no estoy preparada para la repentina sonrisa que le ilumina la cara cuando se pone de pie de un salto.

—¡Giuseppi! —exclama.

¿Giuseppi?

Para mi absoluta sorpresa, Enzo cruza la cafetería a toda velocidad y, a continuación, abraza al hombre de la gabardina. Lo que sigue a continuación es una serie de rápidas palabras en italiano. Solo consigo

distinguir dos, una de ellas es Millie y la otra *pazza*, que cada vez estoy más convencida de que no es ningún cumplido.

Después de alrededor de un minuto de conversación, Enzo acerca al hombre mayor a nuestra mesa.

—Millie —dice—, este es mi buen amigo Giuseppe.

—*Buongiorno*, Millie —me saluda el hombre con un acento muy marcado. Está clarísimo que no es el hombre del teléfono.

—Hola —contesto con cortesía—. Encantada de conocerle.

—Giuseppe es sastre —me explica Enzo.

Giuseppe mete la mano en la bolsa de papel y saca mi vestido azul claro.

—Para ti, *mia cara*.

Lo ha conseguido. Ha logrado tenerlo arreglado a tiempo para la boda. Es un milagro. Las lágrimas se agolpan en mis ojos a la vez que cojo el vestido con las dos manos.

—Muchas gracias, Giuseppe.

Me sonrío.

—No hay de qué. Pero, por favor, pruébatelo. Quiero asegurarme de que te queda bien.

Por suerte, la cafetería tiene un baño en la parte de atrás donde puedo cambiarme. Me levanto de la mesa con una disculpa y recorro a toda prisa un pasillo largo y poco iluminado hasta llegar al baño individual. No hay forma de saber si está libre o no, pero llamo varias veces y, cuando me aseguro de que nadie grita diciendo que está ocupado, pruebo a abrir y veo que está vacío. No es precisamente el sitio donde esperaba estar poniéndome mi vestido de novia, pero me siento agradecida por no tener que cambiarme en medio de la cafetería o en algún McDonald's.

Me quito la falda y la blusa, con cuidado de no dejarlas caer al suelo o, Dios no lo quiera, dentro del váter. Al menos el baño está limpio, lo cual es más de lo que puede decirse de muchos de los baños de los restaurantes de Nueva York. Me meto el vestido por la cabeza y la tela azul me envuelve la curva del vientre y las caderas. Parece que me queda bastante bien, pero la verdadera prueba está en si la cremallera de la espalda se cierra.

Pongo las manos detrás y encuentro la cremallera con los dedos. Vamos allá, el momento de la verdad.

Tiro de la cremallera y, para mi absoluto alivio, sube con facilidad. No me queda igual que antes y en el vientre se nota cierto bulto, pero no pasa nada. No me avergüenzo del bebé que está creciendo dentro de mí. Creo que el vestido me queda fantástico, aunque cuesta saberlo porque no hay ningún espejo en el lavabo.

Enzo ha resuelto el problema tal y como había prometido. Tengo el vestido perfecto y también algo nuevo y algo azul.

Suena mi teléfono dentro del bolso, que está apoyado en el borde del lavabo. Supongo que es Enzo para preguntarme si el vestido me cabe, así que respondo sin pensarlo. Pero cuando oigo la voz grave y amenazante al otro lado me doy cuenta de mi error. Debería haber bloqueado antes el número.

—Bonito vestido —me dice con tono áspero al oído esa voz ya familiar—. Estoy deseando ver cómo queda lleno de manchas de sangre.

Aprieto el teléfono con la mano derecha, demasiado sorprendida como para hablar.

—¿El azul y el rojo no hacen el púrpura? —pregunta con fingido tono inocente—. Estarías genial de púrpura, Millie.

—Te conviene mantenerte alejado de mí —carraspeo—. No tienes ni idea de con quién estás tratando.

—Me encantaría averiguarlo.

—Mala suerte.

—Ah, yo creo que sí lo haré —contesta—. Al fin y al cabo, estoy al otro lado de la puerta del baño.

Y, en ese momento, el pomo empieza a girarse.

He echado el pestillo. Por supuesto que he echado el pestillo.

Como cualquier persona cuerda, lo primero que he hecho cuando he entrado en el baño público ha sido echar el pestillo de la puerta para que nadie pudiera entrar. Pero este es considerablemente menos sofisticado que el de la puerta de nuestro apartamento. Es uno de esos cierres de gancho y presilla que parece que puede soltarse con un buen traqueteo. El pomo se gira en sentido contrario a las agujas del reloj, y yo me aparto y apoyo el cuerpo contra la pared de azulejos blancos del baño, mientras quienquiera que esté tratando de entrar sacude la puerta.

Mi bolso. Está en el borde del lavabo y tengo dentro mi bote de gas pimienta. Si este gilipollas quiere hacerme algo, voy a defenderme con uñas y dientes.

Agarro el bolso y tanteo en su interior. Busco con los dedos el tranquilizador bote que llevo conmigo en todo momento. Pero, para mi frustración, parece que no lo encuentro. ¿Dónde está mi gas pimienta?

Entonces me acuerdo. La semana pasada estuve hablando con una amiga en una de mis clases y mencionó que iba a salir con un tipo nuevo que había conocido por una aplicación de citas. Me dio mala espina cuando dijo que él no le quería dar su número de teléfono y que solo le enviaba mensajes a través de la aplicación, pero, como insistió en ir a la cita de todos modos, la obligué a llevarse mi bote de gas pimienta. Por si acaso.

Sobrevivió a la cita. (Resultó que el tío era gilipollas, pero no peligroso). Aun así, le dije que se quedara con el gas pimienta pensando que ya me compraría otro bote. Y luego me olvidé.

Mierda. ¿Qué voy a hacer?

Antes de entrar en pánico, se oye una voz al otro lado de la puerta.

—Hola. ¿Hay alguien ahí dentro?

Es una voz de mujer. Sin duda, no es la persona del teléfono. No es más que una mujer que quiere entrar en el baño de señoras.

El hombre no está al otro lado de la puerta.

—¡Un momento! —grito.

Vale, otra vez me ha mentido como un cabrón, al menos en lo de que estaba detrás de la puerta del baño. Pero, al mismo tiempo, la llamada ha sido increíblemente perturbadora. Sabía lo del vestido azul. Sabía que yo estaba en el baño. Me está vigilando.

Está aquí.

Cojo el bolso y la ropa que llevaba puesta y salgo del baño. La mujer que está al otro lado de la puerta me mira con una sonrisa de disculpa, pero estoy demasiado alterada como para responderle con otra. Aunque no quiera, debo contarle a Enzo lo que está pasando. Tiene que saber que están amenazándome y que la amenaza es creíble. Hay que pensar cómo enfrentarnos a ella.

Cuando vuelvo a la zona de las mesas, Enzo sigue conversando con su amigo. Pero, al verme, se pone de pie y se endereza la corbata. Una sonrisa ilumina su rostro.

—Millie —dice con voz ligeramente emocionada—, estás..., estás muy guapa.

«Un hombre lleva todo el día amenazándome. Me ha dicho que iba a cortarme el cuello. Está vigilándome».

Tengo que contarle a Enzo lo que está pasando, pero me quedo sin palabras cuando los ojos se le humedecen.

—Me has hecho un hombre muy feliz —consigue decir—. Soy muy afortunado de que vayas a ser mi mujer.

«Ha dicho que quiere ver cómo la sangre me mancha todo el vestido».

—Te quiero mucho. —Me envuelve con sus brazos haciéndome sentir segura y querida de una forma que no había experimentado en muchísimo tiempo con nadie aparte de con Enzo Accardi—. Es el mejor día de mi vida.

Maldita sea.

No puedo contárselo ahora mismo. No voy a permitir que ese gilipollas destruya el día de nuestra boda.

No va a pasar nada. Me limitaré a mantener los ojos bien abiertos, con gas pimienta o sin él.

Pero cuando estoy apartándome de los brazos de Enzo, por el rabillo del ojo entreveo a un hombre robusto sentado en el otro extremo de la cafetería, con una taza de café entre las dos manos. El hombre va vestido con un traje y una corbata que no le quedan bien y tiene la cabeza afeitada, de forma que su cráneo blanco y con forma de huevo reluce bajo la luz del techo. Está observándonos a Enzo y a mí con una expresión imposible de descifrar.

¿Podría ser el hombre que ha estado amenazándome?

Cruza su mirada con la mía durante una milésima de segundo y, a continuación, la aparta, fijándola de repente en algo que hay en su teléfono. No vuelve a mirarnos.

Es del todo posible que esté imaginándome cosas, pero mi instinto me dice que en los ojos de ese hombre he visto que me reconocía cuando me ha mirado. Y mi instinto rara vez se equivoca.

Nuestra cita para casarnos es a las once y media.

La hora es perfecta. Nos casaremos y, después, Enzo y yo iremos a almorzar con mis padres en un bonito restaurante del centro. Va a poder conocerlos bien y estaremos más cerca de ser una familia de verdad. Siento una mezcla perfecta de nervios y emoción. Estoy nervocionada.

Dios, estoy tan nerviosa que ahora me invento palabras.

Se supone que vamos a reunirnos con mis padres delante de los escalones del ayuntamiento en Worth Street a las once y diez. Llegamos con unos minutos de antelación, lo cual es bueno porque mi madre es una maniática de la puntualidad. Cuando yo era niña, se enfadaba mucho conmigo si llegaba tarde a cualquier sitio, y no admitía ninguna excusa. Cuando estaba en secundaria, tuve que llevar a una amiga a urgencias porque se tropezó de camino a casa y se abrió la frente con una herida tan grande que no dejaba de sangrarle y, aun así, estuve castigada un mes por llegar quince minutos tarde a mi clase de piano. Como estamos retomando nuestra relación, quiero asegurarme de empezar con buen pie.

La nieve ha dejado de caer, pero todavía hay en el suelo restos de polvo blanco. En una media hora toda la nieve se habrá convertido en un lodo gris (o, lo que es peor, amarillo), pero, por el momento, es bonito. Me aprieto mi abrigo verde pavo real sobre el pecho para calentarme, aunque la parte más fría de mi cuerpo son las orejas, que podrían estar en peligro de congelación si no entramos pronto.

Enzo, que lleva un gorro negro sin tener que preocuparse lo más mínimo de su pelo, se da cuenta de que me estoy poniendo la palma de las manos sobre las orejas para calentarlas, aunque lo único que parece que consigo es enfriarme los dedos.

—¿Quieres mi gorro? —me ofrece.

¿Se le ha ido la cabeza del todo?

—¿Sabes cuánto tiempo he tardado en conseguir que el pelo me quede así?

—Está igual que siempre. —Un segundo después de que esas palabras salgan de su boca, se da cuenta de su error y se apresura a añadir—: Siempre bonito.

Buenos reflejos, Enzo.

—No quiero que pases frío —dice—. Ahora tienes que calentar a dos. Pongo los ojos en blanco.

—No pasa nada. Mis padres llegarán enseguida. Solo necesito mantenerme caliente un poco más.

Cuando menciono a mis padres, me toco instintivamente el cuello. No me he puesto un collar porque estoy esperando el recuerdo de familia de mi madre. Si llevara otra cosa, se quejaría de que pudiera eclipsar la joya que ella me va a regalar.

—Tranquila —dice Enzo—. No te preocupes tanto. Todo va a ir bien.

—No conoces a mis padres. —Me enrosco un mechón de pelo liso en el dedo—. Necesitan que todo esté perfecto. Si no lo está...

—Pues entonces estaremos perfectos. —Me mira con una gran sonrisa—. ¿Sí?

Miro el reloj.

—Pero ¿dónde andan? ¿Cómo están retrasándose tanto?

—¿Tanto? Son las 11.12. Dos minutos de retraso.

—Eso es retrasarse muchísimo para mis padres, créeme.

Estiro el cuello para mirar la calle por si vienen. No veo a mis padres, pero mi atención se distrae con otra persona que está junto a los escalones de entrada del ayuntamiento. Entrecierro los ojos y parpadeo, porque no estoy segura de estar viendo bien.

Es el hombre calvo de la cafetería. El que había creído que estaba observándome. Tiene el teléfono pegado a la oreja y, una vez más, está mirando hacia mí.

Podría ser una coincidencia, pero, por algún motivo, no creo que lo sea. Sobre todo, cuando levanta los ojos hacia mí y aparta rápidamente la mirada cuando se cruza con la mía. Contemplo la idea de aproximarme para verlo más de cerca o incluso enfrentarme a él, pero, antes de que pueda hacerlo, mi teléfono empieza sonar.

¿Es él? Tiene el teléfono en la mano, así que podría ser perfectamente. Aunque, si me llamara ahora, sería muy evidente que es él quien hace las llamadas.

Pero quizá quiera que yo lo sepa.

Busco en mi bolso y casi se me cae en la nieve. Contengo la respiración cuando saco el teléfono del bolso esperando ver otra vez ese prefijo 718, así que me siento aliviada cuando veo el nombre de «Mamá» en la pantalla. Debe de haberse quedado atascada en medio del tráfico y estará llamando para disculparse. Acepto la llamada.

—Mamá —digo.

Hay una larga pausa al otro lado. Oigo sonidos de coches de fondo, pero nada más.

—Hola, Millie.

—¿Estáis llegando?

Otra pausa larga.

—No.

—¡Pero quedan menos de veinte minutos para nuestra boda!

—Millie... —Hay una pausa más y esta parece durar una eternidad—. Tu padre y yo no vamos a ir.

—¿Qué?

Enzo levanta sus oscuras cejas al oír la palabra.

—¿Qué pasa? —pregunta él en voz baja, pero niego con un gesto. Acerca su cabeza a la mía para poder oír lo que dice mi madre.

—Lo siento —continúa ella, como si eso sirviera de algo.

—Pero... ¿por qué no venís?

Espero la noticia de un accidente terrible en la autopista que les impide llegar a la boda de su única hija. Puede que mi padre se haya caído y se haya roto la cadera. Puede que un terremoto haya provocado un profundo cráter entre su casa y el ayuntamiento.

—No debimos decir que íbamos a ir desde el primer momento —contesta con esa voz exasperantemente sensata que yo tanto odiaba. Había olvidado lo mucho que me ponía de los nervios—. Esperábamos que todo lo que has sufrido te hubiese cambiado. Pero después de hablarlo, tu padre y yo nos dimos cuenta de que sigues siendo el mismo desastre de siempre. Es decir, para empezar, la única razón por la que te casas es porque estás preñada.

No se equivoca, pero aun así...

—Son cosas que pasan, madre.

—Y ahora vas a casarte... ¿con quién? —Suelta un bufido de mofa—. ¿Un obrero inmigrante que quiere el permiso de residencia?

Enzo aparta la cabeza del teléfono con una sacudida y expresión de ofendido.

—¡Tengo permiso de residencia!

Le hago una señal con la mano, consciente de que su objeción no ayuda.

—Me dijiste que veníais. Dijiste que querías formar parte de mi vida y de la de tu nieta.

—Lo siento —repito, y a mí me dan ganas de meter la mano por el teléfono y estrangularla—. Es que no puedo soportar ver cómo crías una hija que termine siendo como tú.

Me quedo sin palabras.

Enzo aprovecha la oportunidad para quitarme el teléfono de las manos. Antes de que pueda impedirselo, está hablando con mi madre con brusquedad. Quiero decirle que no se moleste, que cuando mi madre ha tomado una decisión no hay forma de que cambie de idea. Pero Enzo tiene una mirada que me convence de que necesita dar su opinión.

—Señora Calloway —dice. Está siendo respetuoso, eso se lo reconozco—. Deseo que sepa que quiero mucho a su hija y que voy a cuidar muy bien de ella y de nuestra niña. Ya tengo permiso de residencia y no quiero casarme con ella por esa razón. Quiero casarme con ella porque la amo y deseo pasar el resto de mi vida a su lado. Millie también los quiere a ustedes y significaba mucho para ella que vinieran. Si hay algún modo de que puedan estar aquí, aunque no sea a la ceremonia...

Hay una larga pausa mientras él escucha lo que sea que mi madre está diciéndole. Su piel aceitunada rara vez muestra alguna señal de lo que siente, pero ahora su cara se sonroja.

—No —dice con una voz grave que estalla llena de rabia—. Su hija no necesitaba cambiar porque, para empezar, nunca ha habido nada malo en ella. —Otra pausa tensa y empieza a hablar en voz baja—. No, no creo que yo esté cometiendo ningún error.

Escucha varios segundos más y, después, niega con la cabeza.

—Usted no conoce a su hija —dice con una voz que es a la vez rabiosa y triste—. Espero que algún día se dé cuenta del terrible error que ha cometido. Pero por ahora no la queremos aquí ni en nuestras vidas.

Me quedo mirándolo cuando cuelga la llamada y me devuelve el móvil en silencio. Le concedo un momento mientras se esfuerza por mantener la compostura.

—¿Qué ha dicho? —le pregunto, aunque no sé si quiero saberlo.

—Estás mejor sin ella —es lo único que contesta.

No piensa decírmelo. Pero no pasa nada. Lo imagino.

Vaya. No puedo creer que esté ocurriendo esto. Mis padres no vienen a mi boda. Han dejado completamente sola a su hija el día de su boda.

—Ya no tenemos testigo —digo con la voz quebrada por la vergüenza.

—Encontraremos a alguien —me promete Enzo—. Es todo un ayuntamiento. Mucha gente.

—Y..., y ya no tengo mi algo viejo.

La cabeza me da vueltas. Se suponía que iba a ser el mejor día de mi vida, pero ha habido una tragedia tras otra. ¿Es una señal de que Enzo y yo no estamos destinados a seguir juntos? O puede que solo sea que esta mañana me he atrevido a pensar que soy afortunada. ¿Cómo he podido ser tan tonta? No soy afortunada. ¡Nunca lo he sido! Soy la persona con menos suerte del mundo.

Y, para colmo, ese hombre calvo sigue mirándome.

Le devuelvo la mirada. Esta vez no la aparta. Está lanzándome una mirada llena de malicia. Resulta evidente que es él, el hombre que ha estado amenazándome con cortarme el cuello. El hombre que ha estado diciéndome que iba a matarme el día de mi boda.

Pues ya me he hartado.

Antes de poder contenerme, atravieso la acera cubierta de nieve en dirección al hombre calvo sin importarme el calzado tan inadecuado que llevo. Aprieto las manos en un puño y el corazón me palpita con fuerza en el pecho.

Esto se va a acabar ahora mismo.

Tardo unos dos segundos en recorrer la acera hasta donde se encuentra el hombre calvo. Enzo viene a toda prisa detrás de mí, llamándome. Además, me he olvidado por completo del proceso de congelación de mis orejas.

—¡Millie! —grita—. ¡Por favor! Te quiero. ¡Tus padres no importan!

Pero no me detengo hasta que estoy justo delante del hombre del traje oscuro. Lo bastante cerca como para levantar un dedo delante de su cara. Quiero que sepa que no le tengo miedo. No me importa cuántas veces me llame ni cuántas amenazas me suelte por teléfono. No va a intimidarme.

Soy la loca de Millie Calloway y no le tengo miedo a nadie.

—¡Escúchame, pedazo de mierda! —le grito—. ¡Sé quién eres!

Abre los ojos de par en par y me sorprende al ver su color azul intenso.

—Eres Millie Calloway, ¿verdad?

—¡Desde luego que sí! —Aprieto los dientes—. Y quiero que sepas que lo que sea que hice fue por una razón de peso. Y, si crees que puedes amenazarme, ¡más vale que te lo pienses dos veces! Soy mucho más fuerte de lo que crees, colega.

El hombre calvo parpadea con rapidez.

—Sí, sé que eres fuerte. Le salvaste la vida a mi hermana.

Me quedo paralizada en mitad de mi diatriba. No es para nada lo que esperaba que dijera.

—¿Que yo... qué?

El hombre curva los labios en una tímida sonrisa mientras junta las manos.

—Me alegra mucho conocerte por fin. —Sus pestañas vuelven a aletear con un tic nervioso—. Me llamo Paul. Mi hermana... Se llama Diana Widmayer..., Dee..., y su matrimonio era terrible. Su marido iba a matarla con toda seguridad y además tenía amigos en la policía. Dee

estaba atrapada. Tú la ayudaste a salir de ahí. —Sus ojos se humedecen y una lágrima se le escapa por el izquierdo—. Le salvaste la vida a mi hermana. Te lo debemos todo.

Dee Widmayer. Claro. La recuerdo de hace un año, más o menos. Recuerdo las magulladuras por todos sus brazos, sus piernas y su espalda, donde su marido creía que nadie las vería.

—¿Dee está bien?

—Sí. Gracias a ti. —Extiende las manos para agarrar la mía—. Cuando te he visto, no podía dejar de decirte lo mucho que significó para nosotros lo que hiciste. Si hay algo que necesites alguna vez..., lo que sea que pueda hacer por ti...

Vale, creo que este tipo no es el que me ha estado amenazando por teléfono. A menos que sea un actor a punto de ganar un Oscar, su gratitud es auténtica. Esas lágrimas son auténticas y están a punto de derramarse.

—No me debes nada —consigo decir—. Pero me alegro de que tu hermana esté bien.

—En realidad... —Enzo se aclara la garganta interviniendo en nuestro pequeño momento—. Hay un favor que puedes hacernos.

Los ojos de Paul se iluminan.

—¡Por supuesto! Como he dicho antes, lo que queráis.

—Millie y yo estamos a punto de casarnos —le explica Enzo—. Y resulta que no tenemos testigo. ¿Crees que podrías...?

Paul sonríe.

—¡Será un honor!

Enzo me guiña un ojo.

—¿Ves? Te dije que encontraríamos un testigo. Y en cuanto a lo de algo viejo... —Mira a Paul, que está enderezándose impacientemente la corbata ante la perspectiva de la ceremonia. Resulta bastante adorable—. ¿Nos disculpas un momento?

Enzo me aparta del otro hombre, que ahora mismo parece tan inofensivo que me abochorna haber creído que era quien me amenazaba por teléfono. Enzo se detiene donde no puede oírnos y me lanza una sonrisa cómplice.

—Sé que esperabas el colgante de tu madre —dice—. Pero quiero regalarte algo que me pertenece a mí. Es algo que significa mucho para mí y me encantaría que lo llevaras durante la ceremonia.

Le miro frunciendo el ceño.

—¿Qué es?

Enzo busca en su bolsillo durante varios segundos, tiempo suficiente para que empiece a preocuparme. Siempre lleva la vieja navaja que le regaló su padre con sus iniciales grabadas. ¿Quiere que sea mi «algo viejo»? No me sorprendería mucho que la sacara, pero no pienso llevar una navaja durante la ceremonia de mi boda. Además, tienen detector de metales en el ayuntamiento.

Sin embargo, saca una cosa pequeña de color turquesa. La sostiene en la mano y me doy cuenta de que es un broche de mariposa.

—Esto era de Antonia. —La voz se le rompe como siempre que pronuncia el nombre de su hermana. Es Antonia y lo que le hizo su marido el motivo por el que Enzo y yo estamos juntos—. Mi madre se lo regaló cuando era niña y lo encontré en su joyero después de que la mataran. Lo llevo siempre para acordarme de ella. Y... quiero que lo tengas tú durante la ceremonia.

—Enzo...

—Por favor.

No protesto más. Extiende la mano para clavarme la diminuta mariposa en la tela que cubre mi hombro. El color queda perfecto con mi vestido, como si lo hubiese elegido yo para que conjuntaran.

—Ya está —dice—. Ahora tienes algo viejo.

—Gracias —susurro.

—Bueno. —Levanta sus oscuros ojos para mirar los míos—. ¿Podemos casarnos ya?

Permito que una sonrisa aparezca en mis labios.

—Sí que podemos.

Diez minutos después, estamos esperando en el ayuntamiento a que digan nuestro número.

Sí, así es como van las bodas en el ayuntamiento. Te dan un número y te sientas en una silla de plástico a esperar a que te llamen. Intento no permitir que me afecte el hecho de que casarse se parezca tanto a comprar un bocadillo en la tienda de la esquina. La parte positiva es que mis orejas están calientes.

Nuestro número es el veintiséis y acaban de llamar al veintitrés. Por lo rápido que han ido los últimos números, espero que nos llamen en menos de cinco minutos. Dentro de otros quince, Enzo Accardi será oficialmente mi marido.

—¡VEINTICUATRO! —se oye gritar a una voz.

—Última oportunidad para que cambies de idea —se burla Enzo.

Abro la boca para responderle con una impertinencia, pero, en ese momento, algo me detiene. Un ligero aleteo en mi vientre. Es casi como una burbuja de aire que se elevara desde mis entrañas para tocarme. Me aprieto el abdomen y espero a ver si vuelvo a sentirlo.

Y, entonces, ahí está. Otra pequeña agitación.

Enzo frunce el ceño.

—¿Estás bien?

—Creo... —Respiro hondo—. La bebé acaba de darme una patada.

—¿De verdad? —Apoya su mano en el pequeño bulto de mi vientre—. Yo no siento nada.

—¡VEINTICINCO!

Otra pareja se pone de pie y desaparece por un pasillo. Es como ir acercándose en una cola para montar en una atracción a la que estás deseando subir. Solo que sabes que ese viaje tiene una pendiente de caída

enorme y momentos de acabar cabeza abajo, así que al mismo tiempo te aterra.

Vuelvo a sentir la agitación, pero Enzo niega con la cabeza. Todavía no puede notarla. Por ahora, sus patadas son solo para mí.

—Ya la sentirás cuando sea más grande —le prometo.

Paul, que está sentado enfrente de nosotros, interviene en la conversación.

—Recuerdo que posaba la mano sobre el vientre de mi mujer cuando estaba embarazada de nuestro hijo. ¡Ese chico no dejaba de dar patadas! No me extraña que le guste tanto el fútbol.

Enzo mantiene la mano apretada contra mi abdomen.

—Pronto sentiré a la pequeña Harriet.

—¿Harriet? —Niego con la cabeza con rotundidad—. No lo creo.

—¿Y Paula? —sugiere Paul.

—¡VEINTISÉIS!

—Somos nosotros —me murmura Enzo al oído.

Agarra mi mano y nos ponemos de pie como las parejas anteriores. Paul nos sigue de cerca. Tiemblo mientras caminamos detrás del empleado del ayuntamiento por un pasillo hasta que llegamos a la capilla, que en realidad se parece más a una sala de conferencias, aunque hay un podio en la parte de delante. Cuando era niña, siempre imaginé que me casaría en una iglesia ante un sacerdote. Pero aquí, delante de un juez, me parece igual de bien.

Porque estoy con el hombre al que amo.

Se trata de la habitual ceremonia de enlace de un juzgado, que se supone que de media no dura más de dos minutos, así que no es de esas en las que escribimos nuestros votos ni nada parecido. Pero el juez que tenemos delante tiene una mirada amable y nos sonríe mientras nos dice que juntemos las manos.

—Estás temblando —me susurra Enzo con una sonrisa en los labios.

—Estoy emocionada.

Sí que estoy temblando, pero no igual que cuando creía que había un intruso en mi armario esta mañana. Estoy temblando porque esto es lo más alucinante que me ha sucedido nunca, aunque puede que pase a un segundo lugar cuando nazca nuestra hija.

—Nos hemos reunido hoy aquí —empieza el juez— en presencia de testigos con el fin de unir en matrimonio a Wilhelmina Calloway y Enzo

Accardi...

El juez explica que el contrato matrimonial es un acuerdo solemne y que nadie debe tomarlo a la ligera. Que nos comprometemos el uno con el otro para toda la vida. Enzo asiente conforme el juez va hablando, tomándose muy en serio.

«Me alegra que seas tú», pienso. Por una vez, he tomado la decisión correcta.

—Wilhelmina Calloway —continúa el juez—, ¿aceptas a Enzo Accardi para que sea tu leal esposo, para amarlo desde este día, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, y quererlo y respetarlo durante toda vuestra vida?

—Sí, acepto —contesto con voz ronca.

—¿Y tú, Enzo Accardi, aceptas a Wilhelmina Calloway para que sea tu leal esposa, para amarla desde este día, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, y quererla y respetarla durante toda vuestra vida?

—Eso no es suficiente tiempo —dice él en voz baja—. Pero sí. Sí, acepto.

Lo siguiente que hacemos es intercambiarnos los anillos, unas sencillas alianzas de oro que compramos por internet. Después de la debacle de esta mañana con el vestido, me asusta que el anillo ya no me encaje en el dedo. Contengo la respiración temiéndome lo peor, pero, por suerte, se desliza sin problema hacia su sitio. «Te tomo por esposo».

—Os habéis unido en solemne matrimonio —declara el juez—. El amor es en verdad el mayor don que se nos concede para ser compartido y jamás debemos dar al otro por hecho, pues estáis destinados a pasar el resto de vuestra vida unidos. Y ahora, en virtud de la autoridad que me confiere el estado de Nueva York como comisionado matrimonial adjunto, os declaro marido y mujer para toda la vida. —Hace una pausa—. Podéis besaros.

Bueno, por fin. La parte buena.

Enzo —¡mi marido!— se inclina hacia mí para darme un beso que es muy poco apropiado para un juzgado, pero no me importa. Casi puedo imaginarme al juez de rostro amable mirándonos de reojo y, por una vez, de algún modo me alegra que mis padres no estén aquí para verlo. Pero nos hemos ganado este beso. Nos hemos ganado esta vida juntos.

Y viviré feliz para siempre con mi marido.

EPÍLOGO

ENZO

Millie y yo estamos casados. Es el mejor día de mi vida.

He tenido muchos días malos. Demasiados. He visto cómo asesinaban a mi hermana. Estuve con mis padres en su lecho de muerte en ambas ocasiones. Hay muchos días que querría borrar de mi memoria. Pero este no. Este día es perfecto.

Nada nos lo va a estropear.

Millie —¡mi mujer!— sigue temblando cuando salimos de la capilla cogidos de la mano. No puede dejar de sonreír y en lo único que logro pensar es en que quiero llevarla a casa. Ya. Y me alegro de tener el coche porque no quiero esperar al metro. A ella le encanta ese vestido azul, pero tengo que contenerme para no arrancárselo. Casi se me corta la respiración cuando lo imagino.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

¿Está de broma?

—Ya sabes en qué estoy pensando.

Me sonrío aún más. Lamento lo que sus padres le han hecho y las cosas tan desagradables que me han dicho, advirtiéndome que no me casara con esta maravillosa mujer porque es «peligrosa». Han dicho cosas así de terribles. Jamás voy a repetirle esas palabras a mi mujer en toda nuestra vida.

«Millie va a hacerte daño. Es incapaz de controlarse. Puede que algún día te cueste la vida».

No conocen a Millie en absoluto. No se merecen formar parte de nuestra familia.

—Bueno. —Millie me aprieta la mano—. ¿Nos vamos a casa?

Algo me llama la atención en un rincón de la sala. Clavo la mirada durante una décima de segundo, pero, antes de que Millie se dé cuenta, vuelvo a dirigirla a ella. Tengo que fingir que no he visto lo que acabo de ver, pero también tengo que ocuparme de ello. Esto es más urgente que nada que vayamos a hacer en el dormitorio. Para eso tenemos toda una vida.

—Un momento —contesto—. Tengo que ir al baño.

Millie dice que necesita hacer lo mismo, así que nos separamos. Desaparezco en el baño de hombres, que es pequeño y parece vacío salvo por un hombre delgado de unos cuarenta y tantos años con el pelo castaño oscuro y vestido con camiseta y vaqueros, que está usando el urinario. Muy rápido, miro debajo de todos los compartimentos, pero no veo señales de que haya nadie más aquí dentro. Estamos solos este hombre y yo.

Así que vuelvo a la puerta del baño y echo el pestillo.

El hombre delgado se sube la cremallera y se lava las manos en el lavabo. Le dejo un momento para que se enjuague el jabón antes de acercarme por detrás y agarrarle el cuello con la mano izquierda. Después, le golpeo contra la pared del baño con tanta fuerza que su cabeza produce un fuerte ruido sordo.

Los ojos castaños del hombre se abren de par en par llenos de sorpresa y miedo. Intenta agarrarme la mano que le sujeta el cuello, pero es en vano. Este hombre tan flacucho no va a conseguir que le suelte. No pienso hacerlo hasta haber acabado.

—¿Qué haces? —dice con voz entrecortada.

—Te he visto —contesto con voz grave y tranquila. No quiero que sepa lo rabioso que estoy. Deseo arrancarle un miembro tras otro, pero no puedo hacerlo. No aquí ni en este momento—. Te he visto seguirnos desde que estábamos en la cafetería.

—Yo..., yo no...

—No mientas. —Levanto la mano derecha y la estampo contra su nariz. El hueso le cruje bajo mi puño—. Dime por qué nos seguías.

La sangre sale por sus fosas nasales y se agarra la nariz para contener el chorro.

—Yo no...

—Lo siguiente que voy a partirte son los dedos.

—¡Vale! —Los labios del hombre tiemblan de miedo—. Tu novia convenció a mi mujer para que me dejara y se llevó también a mis hijos. Millie la ayudó y... me destruyó la vida. ¿Sabes lo que me cuesta la manutención? Esa zorra me lo quitó todo. Tu novia se merece pagar por lo que ha hecho.

—No es mi novia. Es mi mujer. —Es la primera vez que he pronunciado estas palabras en voz alta. Siento que tenga que ser ante esta escoria—. No sé lo que hizo Millie, pero tu mujer está mejor sin ti. —Bajo la voz—. Y, si no te alejas de mi mujer, juro por Dios que te romperé cada hueso del cuerpo. *Capisci?*

El hombre me mira boquiabierto.

—Pero ella...

—Cada hueso del cuerpo —repito—. Solo con que te acerques a Millie Accardi otra vez. ¿Entendido?

—Sí —consigue responder—. Sí..., yo..., sí, me mantendré alejado.

—¿Lo prometes?

—Sí. ¡Lo prometo!

—Bien. —Lo miro—. Porque yo también voy a mantener mi promesa. Si alguna vez te acercas a ella, te romperé cada hueso del cuerpo, de uno en uno. Y si le haces algo... —Hago una pausa lo suficientemente larga para que el miedo le aparezca en los ojos—. Te mataré.

Dicho eso, le golpeo de nuevo contra la pared del baño, esta vez con fuerza suficiente para dejarlo inconsciente. Su cuerpo se queda inerte y permito que caiga al suelo.

Lo siguiente que hago es mirarle el bolsillo de atrás. Dentro está su cartera. Saco su permiso de conducir, donde figura su nombre y su dirección, y me lo guardo, porque quiero que sepa que lo tengo. Lanzo la cartera al suelo con su dinero y sus tarjetas de crédito. Si se lo lleva otro, no es mi problema. Es menos de lo que se merece.

Ya está despertándose y parpadea con la mirada perdida mientras gime de dolor. No lo he golpeado con tanta fuerza como para que no recuerde nuestra conversación. Pero le haré una visita para recordársela. Ahora tengo la dirección de su casa.

Por último, me lavo la sangre de los nudillos en el lavabo. No quiero que Millie sepa lo que acabo de hacer. No puedo alterarla. Ya ha tenido un día bastante complicado sin saber que un hombre ha estado siguiéndonos

toda la mañana. Me he encargado de él. No voy a permitir que esto estropee el día de nuestra boda.

Voy a protegerla. Mientras me quede vida y aliento, nadie va a hacerles daño jamás a ella ni a nuestros hijos.

Cuando salgo del baño, Millie está esperándome. Me sonrío.

—¡Has estado mucho rato ahí dentro! Normalmente eres mucho más rápido que yo en el baño.

No serviría de nada contarle que he tardado un poco más porque he tenido que romperle la nariz a un hombre y amenazarle con acabar con su vida.

—Lo siento.

—Por cierto... —Se señala el broche de mi hermana que lleva en el pecho. Creo sinceramente que parte del espíritu de mi hermana está en ese broche de mariposa y que, como Millie lo llevaba puesto, Antonia ha estado hoy aquí con nosotros. He sentido su presencia y eso me ha hecho sonreír—. He estado pensando un poco más en nombres de bebés.

A Millie nunca le gustan mis ideas para el nombre, aunque la mayoría de mis sugerencias eran de broma. Todavía es pronto y tenemos mucho tiempo para decidirnos.

—Ah, ¿sí?

—Sí —asiente—. He pensado... que quizá podríamos ponerle un nombre a nuestra hija como homenaje a Antonia.

Tomo aire. Me encantaría homenajear a mi hermana, pero también me preocupa que ponerle su nombre vaya a ser demasiado. Me pondría triste. Apenas puedo pronunciar su nombre sin sentir una profunda tristeza por que nos dejara tan pronto.

—No exactamente el mismo nombre —se apresura a aclarar Millie al ver mi expresión—, sino algo parecido. En su recuerdo. Por ejemplo... Allison. O Ada.

—Sí. —Rodeo a mi mujer con los brazos y la atraigo hacia mí—. Eso me gusta.

Y, a continuación, me voy a casa con mi mujer y mi hija todavía no nacida, dejando al hombre que nos ha amenazado en medio de un charco de su propia sangre en el suelo del baño de caballeros.

Agradecimientos

Como este relato es pequeño y tierno (igual que yo), haré lo mismo con los agradecimientos.

Gracias a mis primeras lectoras: mi madre (como siempre), Emily, Pam y Val. Gracias a mi agente, Christina, que me ha ayudado a gestionar todo lo relacionado con La Asistentita.

¿Ha quedado suficientemente pequeño y tierno?



FREIDA MCFADDEN (Estados Unidos), es autora de docenas de novelas que se han colocado en el número uno de las listas de ventas de *The New York Times*, *USA Today*, *Publishers Weekly*, *Sunday Times* y *Der Spiegel*. Sus libros han sido calificados como «imprescindibles para los fans del *thriller* psicológico» por *Library Journal*. Freida ha ganado el Premio de los Escritores Internacionales de *Thriller* al Mejor Original en Rústica y el Premio Goodreads al Mejor *Thriller*. Con quince millones de ejemplares vendidos, sus libros se han traducido a más de cuarenta idiomas y se han adquirido los derechos para su adaptación al cine y a la televisión. Freida es médica especializada en lesiones cerebrales. Vive con su familia y su gato negro en una casa de siglos de antigüedad frente al mar.